

## CAPITULO XVI.

### Caza al mequetrefe.

Antes de que se hubiera roto el círculo formado alrededor del pozo del Infierno, uno de los personajes admitidos en el interior había ya desaparecido. Mr. Bounderby y su sombra no permanecieron al lado de Luísa, que daba el brazo á su padre; habían permanecido solos y un tanto apartados.

Cuando Esteban llamó á Mr. Gradgrind, Ceci, atenta á todo lo que pasaba, se deslizó detrás de aquella sombra perversa, cuyo rostro aterrizado hubiera llamado hacia sí todas las miradas, si el herido no tuviese este privilegio, y murmuró algunas palabras á su oído. Habló un instante con ella, y desapareció. De este modo salió el mequetrefe del círculo antes de que la multitud se pusiese en marcha.

Cuando el padre entró en su casa, envió á un criado á casa de Mr. Bounderby, para que dijese á su hijo que fuese inmediatamente á Pierre-Loge. Le contestaron que Mr. Bounderby había

perdido á Tomás en el campo. y que, no habiendo vuelto á verle, había supuesto que estaría en casa de su padre.

—Creo, papá (hijo Luísa), que no volverá á Cokevi le esta noche.

Mr. Gradgrind volvió la cabeza, y no habló una palabra.

Á la mañana siguiente fué él mismo á la casa de banca tan luego como se abrieron las oficinas, y viendo que el asiento de su hijo estaba vacío, salió al encuentro de Mr. Bounderby, que no podía tardar en llegar. Mr. Gradgrind advirtió al banquero que, por motivos que le explicaría muy pronto, pero que le rogaba no se los preguntase entonces, tenía necesidad de ocupar á su hijo en la casa por algunos días. Le previno al mismo tiempo que estaba encargado de rehabilitar á Esteban Blackpool y de declarar el nombre del ladrón. Mr. Bounderby quedó estupefacto, tan inmóvil como una estatua, cuando le dejó su suegro, y se hinchó como una bola de jabón, sin embargo de que no era ni con mucho tan hermoso; en esto únicamente la comparación no es exacta.

Mr. Gradgrind entró en su casa, se encerró en su despacho, y pasó en él todo el día. Cuando Ceci y Luísa llamaron á su puerta, respondió sin abrirles:

—Ahora no, hijas mías; esta noche....

Quando volvieron por la noche, les respondió:

—No puedo recibiros hasta mañana.

No comió en todo el día ni pidió luz; únicamente se le oyó pasear con agitación hasta la una de la madrugada.

Pero á la mañana siguiente bajó á almorzar á la hora de costumbre, y ocupó en la mesa el mismo sitio de siempre. Había envejecido, y estaba abatido y encorvado; y, sin embargo, tenía el aire más tranquilo y más satisfecho que cuando no quería reconocer en esta vida más que hechos reales y positivos. Antes de salir del comedor, fijó la hora en que Luísa y Ceci debían ir á verle, y se alejó con aire meditabundo.

—Querido papá (dijo Luísa, cuando por la mañana fueron á verle, fieles á la cita); aún os quedan tres hijos. No se parecen á los otros dos. Yo *misma*, con la ayuda de Dios, acabaré por parecerme á ellos.

Tendió la mano á Ceci, como para decirle: «y con la tuya también, querida Cecilia.»

—Vuestro infortunado hermano (dijo mister Gradgrind) me va á matar á disgustos. ¿Crees que tendría ya premeditado el robo cuando te acompañó á casa del obrero?

—Lo temo, papá. Sé que tenía necesidad de dinero, y que ya había gastado mucho.

—Viendo que Blackpool se disponía á abandonar la ciudad, su genio malo le sugeriría el pen-

samiento de hacer que recayesen las sospechas sobre ese desgraciado.

—Creo que se le ocurrió esa idea mientras me estaba esperando sentado, papá, porque yo le rogué que me acompañase: no fué suya la idea de la visita.

—¿Llamó á Esteban aparte para hablarle?

—Sí, lo sacó de su habitación. Más tarde, cuando le pregunté para qué, me dió no sé qué pretexto más ó menos especioso; pero desde ayer noche, papá, recordando las circunstancias con las nuevas luces con que esta noche de reflexión he alumbrado mi mente, temo haber adivinado todo cuanto pasó entre ellos.

—Veamos si tus temores son tan terribles como los que yo abrigo,—dijo Mr. Gradgrind.

—Temo (dijo Luísa vacilando) que hiciera á Esteban Blackpool, quizás en su propio nombre, quizás en el mío, ciertas proposiciones, que hayan obligado á ese infeliz á hacer, con toda la inocencia y toda la honradez de su alma, lo que hasta entonces no había hecho; es decir, venir á esperar junto á la casa de banca, por espacio de dos ó tres noches, antes de su partida.

—Es evidente (dijo Mr. Gradgrind); harto evidente.

Se ocultó el rostro con las manos, y permaneció algunos minutos sin hablar. Al fin, dominando su emoción, dijo:

—Y ahora, ¿cómo encontrarle? ¿Cómo arrancarle de las manos de la justicia? ¿Cómo durante las breves horas que puedo dejar transcurrir sin aclarar la verdad, podré encontrar á tu hermano? Daría doscientos mil francos porque esto fuera posible.

—Ceci lo ha previsto todo, papá.

Gradgrind volvió los ojos hacia donde estaba Ceci, como la hada bienhechora de la casa, y le dijo con tono de dulce gratitud y de bondad reconocida:

—¡Siempre tú, hija mía!

—Nuestros temores (respondió Ceci, mirando á Luísa) no datan de ayer; y cuando vi que Esteban le llamaba á V., cuando lo vi todo, fui á buscarle, y sin que nadie pudiera observarlo, le dije:

—No me mire V. á mí; mire V. á su padre. Póngase V. en lugar seguro por él, y por V. mismo.

Ya estaba temblando antes de que yo le hablara; pero se estremeció más aún cuando le dirigió la palabra, y me dijo:

—¿Adónde quiere V. que vaya? Tengo poco dinero, y no conozco á nadie que pueda ocultarme.

Entonces pensé en el circo donde trabajaba mi padre. No me he olvidado del sitio en que Mr. Sleary da las representaciones en esta época

del año, y, además, sólo hace tres ó cuatro días que he leído los anuncios en un periódico. Aconsejé á Tomás que en seguida se fuese al circo, que hablase en mi nombre á Mr. Sleary, y le suplicase lo tuviera oculto hasta que yo fuera por allí.

—Allí estaré antes que despunte el día (me respondió); y le vi deslizarse por en medio de la multitud.

—¡Dios sea loado! (exclamó el padre.) Aún será tiempo de hacerle pasar al extranjero.

Tenía tanta más esperanza, cuanto que la ciudad adonde Ceci había enviado á Tomás, distaba tres horas del puerto de Liverpool, que proporcionaría al fugitivo medio de embarcarse para cualquiera país del mundo. Pero era necesario obrar con prudencia para reunirse con él, porque de un instante á otro podrían despertarse sospechas, y nadie sería capaz de jurar que el mismo Mr. Bounderby, en un acceso de celo fanfarrón por el bien público, no quisiera desempeñar el papel de Bruto.

Se decidió, pues, que Ceci y Luísa irían solas á la ciudad en cuestión por un camino determinado, mientras que el infortunado padre, tomando una dirección opuesta, daría un rodeo para llegar al mismo punto. Se convino además que no se presentaría directamente á Mr. Sleary, temiendo que se desconfiase de la sinceridad de

sus buenas intenciones, ó que la noticia de su llegada impulsase á su hijo á emprender de nuevo la fuga; pero que Ceci y Luisa se encargarían de abrir las negociaciones y de anunciar al autor de aquella vergonzosa aventura la presencia de Mr. Gradgrind, y el objeto que allí le llevaba.

Cuando se discutió este proyecto, y estuvo bien comprendido por los tres actores, fué necesario pasar á la ejecución. Mr. Gradgrind salió muy temprano, y se dirigió al campo para tomar el camino de hierro en que debía viajar; cuando llegó la noche, las dos jóvenes partieron en la misma expedición, por un camino diferente, felicitándose de no haber encontrado ningún rostro conocido.

Viajaron toda la noche, salvos algunos minutos de espera en las estaciones, y á la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron en una especie de ejido, á una milla ó dos de la ciudad adonde se dirigían. Salieron de aquel triste desembarcadero, merced á un postillón viejo y brutal, que por dicha esperaba allí con su vehículo.

Así penetraron de incógnito en la ciudad.

Lo primero que vieron fué el esqueleto del circo de Sleary. La compañía había partido para otra localidad, veinte millas más lejos, donde las ecuyères habían empezado á dar sus representaciones el día anterior.

La única vía de comunicación que había entre las dos ciudades, era un camino montuoso: no pudieron andar mucho camino. Aunque sólo se detuvieron un instante para almorzar de prisa, dieron las doce antes de llegar á las puertas del circo de Sleary, y la una antes de llegar á la plaza del mercado.

En el momento en que echaban pié á tierra sobre el pavimento de la calle, el pregonero, armado de su campanilla, anunciaba una representación nacional dada por los *ecuyers*, y que iba á empezar en seguida.

Ceci fué de opinión, para no despertar la atención pública, que debían tomar un billete en el despacho. Si Mr. Sleary estaba allí para recibir el dinero, no dejaría de reconocerla y de obrar con discreción. Si no estaba allí, estaría en el interior del circo, donde no dejaría de verlas, y de instruir las también con discreción acerca de lo que había hecho el fugitivo.

Se dirigieron, pues, con el corazón palpitantes, hacia la barrera que tanto conocía Ceci. Se veía la bandera adornada con la inscripción *Circo de Sleary*; se veía también la garita, pero no al director de la compañía. Kiderminster, que había adquirido una madurez demasiado terrestre para que la imaginación más crédula pudiese seguir tomándole por Cupido, había cedido ante la fuerza invencible de las circunstancias

sus buenas intenciones, ó que la noticia de su llegada impulsase á su hijo á emprender de nuevo la fuga; pero que Ceci y Luisa se encargarían de abrir las negociaciones y de anunciar al autor de aquella vergonzosa aventura la presencia de Mr. Gradgrind, y el objeto que allí le llevaba.

Cuando se discutió este proyecto, y estuvo bien comprendido por los tres actores, fué necesario pasar á la ejecución. Mr. Gradgrind salió muy temprano, y se dirigió al campo para tomar el camino de hierro en que debía viajar; cuando llegó la noche, las dos jóvenes partieron en la misma expedición, por un camino diferente, felicitándose de no haber encontrado ningún rostro conocido.

Viajaron toda la noche, salvos algunos minutos de espera en las estaciones, y á la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron en una especie de ejido, á una milla ó dos de la ciudad adonde se dirigían. Salieron de aquel triste desembarcadero, merced á un postillón viejo y brutal, que por dicha esperaba allí con su vehículo.

Así penetraron de incógnito en la ciudad.

Lo primero que vieron fué el esqueleto del circo de Sleary. La compañía había partido para otra localidad, veinte millas más lejos, donde las ecuyères habían empezado á dar sus representaciones el día anterior.

La única vía de comunicación que había entre las dos ciudades, era un camino montuoso: no pudieron andar mucho camino. Aunque sólo se detuvieron un instante para almorzar de prisa, dieron las doce antes de llegar á las puertas del circo de Sleary, y la una antes de llegar á la plaza del mercado.

En el momento en que echaban pié á tierra sobre el pavimento de la calle, el pregonero, armado de su campanilla, anunciaba una representación nacional dada por los *ecuyers*, y que iba á empezar en seguida.

Ceci fué de opinión, para no despertar la atención pública, que debían tomar un billete en el despacho. Si Mr. Sleary estaba allí para recibir el dinero, no dejaría de reconocerla y de obrar con discreción. Si no estaba allí, estaría en el interior del circo, donde no dejaría de verlas, y de instruir las también con discreción acerca de lo que había hecho el fugitivo.

Se dirigieron, pues, con el corazón palpitantes, hacia la barrera que tanto conocía Ceci. Se veía la bandera adornada con la inscripción *Circo de Sleary*; se veía también la garita, pero no al director de la compañía. Kiderminster, que había adquirido una madurez demasiado terrestre para que la imaginación más crédula pudiese seguir tomándole por Cupido, había cedido ante la fuerza invencible de las circunstancias

y de su barba, y tomó á su cargo un papel de comedia, para plegarse á todas las exigencias del servicio, y estaba en aquel momento adherido á la caja, con un tambor en reserva, para utilizar sus ocios y lo superfluo de sus fuerzas.

Estaba muy ocupado en examinar el dinero que recibía, y dar caza á las monedas falsas, y no podía fijarse en otra cosa. Ceci pasó sin que la reconociese, y ambas entraron en el circo.

El emperador del Japón, montado en un caballo viejo y muy pacífico, se entretenía en sus juegos favoritos, que ya conocen nuestros lectores. Ceci, aunque familiarizada desde muy niña con aquella familia real, no conocía personalmente al actual emperador, cuyo reinado fué de los más pacíficos. La señorita Josefina Sleary, que debía aparecer en su gracioso ejercicio ecuestre de las flores del Tirol, fué anunciada por el payaso (que tuvo la feliz idea de equivocarse y decir un equívoco), y Mr. Sleary apareció dando la mano á su hija.

Apenas había dado Mr. Sleary un fustazo al clown, y apenas había éste gritado «si volvemos á empezar, os tiro el caballo á la cabeza,» cuando el padre y la hija reconocieron á Cecilia. No por eso dejaron de acabar el ejercicio ecuestre con menos sangre fría, y, salvo la primera mirada, el ojo movable de Mr. Sleary no reveló más expresión que el inmóvil.

El ejercicio pareció un poco largo á Cecilia y á Luísa, sobre todo durante el pequeño entre-acto, hecho para dar ocasión al payaso de que se repitiese por la centésima vez la siguiente historia:

—Dos piés, sentado en tres piés, estaba mirando á un pié, cuando vino cuatro piés, y sellevó el pié; entonces se levantó dos piés, cogió á tres piés y se lo tiró á cuatro piés, y recobró el pié.

Aunque esta historia burlesca no era más que un modo ingenioso de representar bajo la forma de la alegoría á un carnicero sentado en un tajo de tres piés, y á quien un perro le robaba una pierna de carne, el relato y las explicaciones exigieron un tiempo que parecía interminable á Cecilia y Luísa, devoradas por la inquietud. Al fin tocaron en el hombro á Cecilia, y le hicieron seña para que saliese.

Llevó consigo á Luísa. Mr. Sleary las recibió en una pequeña estancia, cuya entrada no era permitida al público.

—Cecilia (le dijo, llevándose á los labios un vaso de aguardiente); me alegro mucho de volver á verte. Siempre te hemos querido, y estoy seguro de que nos has hecho mucho honor desde que te separaste de nosotros. Es preciso que veas á tus compañeros antes que empecemos á hablar de negocios: de otro modo se morirían de pena, especialmente las mujeres. Aquí tienes

á Josefina, que se ha casado con Childers, y tienen un niño que, aunque sólo cuenta tres años de edad, ya se anuncia en los carteles con el apodo de la «Pequeña maravilla de la equitación á la alta escuela.» Ya te acordarás de Cupido, que, según decías, estaba enamorado de ti. Pues también se ha casado, pero con una viuda que puede ser su madre: en sus buenos tiempos bailaba en la cuerda floja, pero ahora no puede lucirse porque está muy gruesa. Tiene dos hijos, de suerte que estamos muy bien provistos para las escenas de fantasía y los prodigios en miniatura. Si pudieses ver á nuestros *Niños perdidos en el bosque*, con su padre y su madre muriéndose los dos sobre un caballo; el pícaro de su tío tomándoles bajo su tutela, también sobre un caballo; á ellos mismos desesperados de dolor sobre un caballo, dirías que es la pieza más completa que has visto en tu vida. Te acordarás también de Emilia Gordon, que fué casi una madre para ti. Pues se ha quedado viuda. Su marido se cayó de espaldas de lo alto de un elefante haciendo el sultán de las Indias que se dirigía á una especie de padoga, y todavía no ha vuelto. Emilia Gordon volvió á casarse con un comerciante en quesos que se enamoró de ella en una función; hoy es administrador de los bienes de los pobres, y, por consiguiente, está en camino de hacerse rico.

Mr. Sleary, que respiraba con menos facilidad que de costumbre, siguió refiriendo todos los cambios domésticos con mucha animación, y sobre todo con una especie de inocencia verdaderamente admirable, y que nadie esperaba hallar en quien, como él, era un veterano de caballería y un furibundo bebedor de aguardiente.

—Ahora, Cecilia (dijo), no quiero que me digas ningún secreto; pero supongo que esta señorita será....

—Su hermana. Lo ha adivinado V.

—Y, por supuesto, hija del otro. Eso era lo que quería decir: ¿Está bueno su papá de V.?

—No tardará en reunirse con nosotros (dijo Luisa impaciente). ¿Pero está seguro mi hermano?

—Sano y salvo. Tenga V. la bondad de mirar por ese agujero.

Las dos jóvenes se pusieron á mirar por las rendijas de las tablas mal unidas.

—Se está representando *Jacobo vencedor de los gigantes*, pantomima cómica é infantil (continuó Sleary): ese accesorio que veis, es la casa donde Jacobo debe refugiarse, y ahí tenéis á mi payaso, armado con una cacerola y una escoba, representando al criado de Jacobo; más allá está el mismo Jacobito, vestido con una espléndida armadura, y á su lado dos negros cómicos, mu-

cho mayores que la casa, que están allí con el único objeto de llevar y traer aquel accesorio: el gigante, que es un muñeco de resorte que me ha costado muy caro, no ha parecido todavía. ¿Ven Vds. todo eso?

—Sí.

—Pues seguid mirando. Ahora, señorita....

Acercó un banco para que pudieran sentarse.

—Yo tengo mis opiniones, y su padre de V. las suyas. No quiero saber lo que su hermano de V. ha hecho; vale más que no lo sepa. Todo lo que puedo decir es que el papá no ha abandonado á Cecilia, y yo no olvido esas cosas. Su hermano de V. es uno de esos dos negros.

Lúsa, mitad avergonzada, mitad satisfecha, dejó escapar un grito.

—Es un hecho, y sin embargo nunca lo hubiera V. adivinado. Tomás se quedará aquí cuando se acabe la representación. No lo desnudaré ni le quitaré la tizne de la cara. Acabada la representación, puede V. venir, ó su padre, y le encontrarán aquí, y podrán hablar con él con entera libertad. No repare V. en su fisonomía: lo importante es que esté disfrazado.

Lúsa, después de dar repetidas gracias á Sleary, y sintiendo su corazón más aliviado, no quiso entretenerle más; le dió un encargo afectuoso para Tomás, y se alejó con los ojos llenos de lágrimas. Se convino en que volvería más

tarde con Ceci. Mr. Gradgrind llegó una hora después. Tampoco había encontrado una sola persona conocida, y estaba ya persuadido de que con el concurso de Mr. Sleary, su deshonorado hijo podría llegar á Liverpool aquella misma noche.

Como ninguno de ellos podía acompañar al fugitivo sin riesgo de que le conociesen, por bien que se disfrazase, Mr. Gradgrind se adelantó á escribir á un corresponsal, con quien podía contar, para rogarle embarcase al portador á toda costa á bordo de un buque que partiese para la América del Norte ó del Sur.

Terminados estos preparativos, se pasearon por la ciudad, esperando á que el circo estuviese completamente vacío, y que, no solamente los espectadores, sino también los caballos y la compañía, lo hubiesen desalojado.

Después de muchas idas y venidas, vieron salir á Mr. Sleary y sentarse delante de una puerta inmediata á la del circo, y fumando tranquilamente en su pipa, como para advertirles que se podían acercar.

—Servidor de V., caballero (dijo, saludando á Mr. Gradgrind cuando éste, con las dos jóvenes, penetraba en el circo. Si necesita V. de mí, aquí me tiene á sus órdenes. Su hijo de V. se ha puesto la librea cómica; pero no le dé á V. pesadumbre por eso.

Entraron, y Mr. Gradgrind se sentó desolado



en medio del circo, sobre el trampolín de que se servía el clown. Sobre uno de los bancos del fondo, que parecía aún más retirado, gracias á la media luz de aquel extraño lugar, estaba el miserable mequetrefe, que tenía la desgracia de que fuese su hijo.

Llevaba un traje de la Edad Media, que se parecía bastante al de un suizo, con paramentos muy exagerados; un chaleco inmenso, zapatos con moñas y un tricornio inverosímil. Ninguna de estas prendas estaba hecha á su medida, y las telas eran vastísimas y llenas de agujeros. Tenía pintadas en el rostro cicatrices blancas en los sitios en que el sudor había reblandecido el unto negro y grasiento que cubría todas sus facciones. Nunca hubiera creído Mr. Gradgrind, á no verlo, que hubiese nada tan triste, detestable y ridículamente vergonzoso como aquel muchacho, con su librea cómica; y, sin embargo, era un hecho visible como ninguno. ¡Y decir que á tal extremo había quedado reducido uno de sus hijos modelo!

Al principio el mequetrefe no quería acercarse; pero al fin, cediendo, si puede decirse así hablando de una concesión hecha de muy mala gana á las instancias de Ceci, porque de Luísa renegaba completamente, bajó de banco en banco hasta la valla del circo, tan lejos como le fué posible del sitio en que estaba sentado su padre.

—¿Qué es lo que ha pasado?—preguntó mister Gradgrind.

—¿Cómo que qué ha pasado?—respondió el hijo, con tono de mal humor.

—Me refiero al robo,—dijo el padre, alzando la voz.

—Yo mismo forcé la caja por la noche, antes de salir de la oficina, y la dejé entreabierta. Ha tiempo que mandé hacer una llave, que se ha encontrado. La tiré á la calle á la mañana siguiente, para que se creyesen que de ella se había servido el autor del robo. No tomé todo el dinero de una sola vez. Ya sabe V. toda la historia.

—Un rayo que se hubiese desprendido sobre mí (exclamó el padre), no me hubiera estremecido tanto.

—No veo motivo para tanta extrañeza (exclamó el hijo). En un número dado de personas que ocupan puestos de confianza, una parte de ellas abusan. He aquí el problema y la solución que mil veces he oído repetir á V. como un principio establecido. ¿Puedo yo nada contra los principios? ¿Consuela V. á las gentes con el razonamiento? Pues bien: ahora le toca á V. consolar-se de la misma manera.

El padre se cubrió el rostro con las manos, y el hijo permaneció de pié, con su humillante disfraz: sus manos tenían mucha semejanza con

las de un mono. El día iba descendiendo rápidamente: de vez en cuando el mequetrefe volvía el blanco de los ojos hacia su padre, con expresión de fastidio y de impaciencia; era la única parte de su fisonomía que conservaba alguna animación: tan espesa era la corteza que le cubría el semblante.

—Es preciso que vayas á Liverpool á embarcarte para el extranjero.

—Sé bien que es lo único que puedo hacer. Además, en ninguna parte llevaría una vida más miserable que la que he llevado aquí desde que tuve edad de conocerme.

Mr. Gradgrind fué á la puerta, y volvió con Sleary, á quien preguntó:

—¿Cómo haremos partir á este desgraciado?

—Ya he pensado en ello. No hay tiempo que perder; de suerte que es preciso decidirse sobre la marcha: de aquí al camino de hierro hay seis leguas; un coche sale dentro de media hora; este coche va á la estación para alcanzar el tren correo; este tren le conducirá derecho á Liverpool.

—Pero, mírele V. (exclamó el infeliz Gradgrind). ¿Cómo podrá?...

—No quiero hacerle viajar con ese traje (interrumpió Sleary). Diga V. una palabra, y gracias á mi guardaropía, le transformo en menos de cinco minutos.

—No comprendo....

—En el personaje que á V. le parezca más á propósito. Voy á mandar que vayan por cerveza; no hay nada como la cerveza para poner blanco á un negro de teatro.

Mr. Gradgrind aceptó enseguida; mister Sleary se apresuró á buscar una blusa, un sombrero de fieltro y otros accesorios del traje; el mequetrefe se apresuró á cambiar de vestido detrás de una cortina de sarga; Mr. Sleary se apresuró á ir á buscar cerveza y convertir á su negro en blanco.

—Ahora venga V. al carruaje, y súbase á la imperial. Yo le acompañaré á V. hasta el despacho; creerán que forma V. parte de mi compañía. Despídase de su familia, y vamos.

Enseguida, Mr. Sleary se retiró por delicadeza.

—Aquí tienes la carta (dijo Mr. Gradgrind). Te proporcionarán todo cuanto necesites. Lava con el arrepentimiento y una conducta más honrada la mancha de tu crimen, que tan tristes consecuencias ha tenido. Dame la mano, pobre hijo mío, y Dios te perdone como yo te perdono.

El culpable, conmovido por las palabras y el tono lastimero de su padre, sintió tentaciones de verter algunas temerosas lágrimas; pero cuando Luisa le tendió los brazos, volvió á rechazarla.

—¡Tú no! Nada tengo de común contigo.

—¡Oh, Tomás! ¡Tomás! ¡Así te apartas de

mi lado, á pesar de lo mucho que te quiero!

—¡ Lo mucho que me quieres! (replicó Tomás con dureza.) ¡ Bueno está tu cariño ! ¡ Dejar al viejo Bounderby que despidiese á Mr. Harthouse, mi mejor amigo, para volverte á casa de papá, precisamente en los instantes en que yo corría mayor peligro ! ¡ Vaya un cariño! Di más bien que me has hecho traición; tú nunca me has tenido cariño.

—Vamos pronto,—dijo Sleary desde la puerta.

Salieron todos atropellándose, diciendo Luisa á Tomás que le perdonaba, y que no dejaría de quererle; que sentiría haberse separado de ella de aquel modo, y que algún día recordaría con placer lo que acababa de decirle. Mr. Gradgrind y Ceci, que iban delante de Tomás mientras la hermana procuraba aún enternecerlo, se detuvieron y retrocedieron un poco, porque vieron venir á Bitzer jadeando, con sus delgados labios entreabiertos, sus cejas temblorosas, y su rostro más pálido que nunca, como si la carrera, que aumenta en todos los colores, á él le privase de los suyos.

—Siento mucho destruir vuestros planes (dijo Bitzer); pero no puedo consentir que me engañen los saltimbanquis; aquí está vestido con blusa, y le necesito.

Y hasta se creyó obligado á coger á Tomás por el cuello, para mayor seguridad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XVII.

### Filosófico.

Cuando volvieron á entrar en la barraca, Sleary empezó por cerrar la puerta, para impedir que penetrasen los intrusos. Bitzer, sin soltar á su prisionero, á quien el miedo paralizaba, permanecía en medio del circo, mirando traicioneramente á su antiguo patrón, medio perdido en la oscuridad del crepúsculo.

—Bitzer (dijo Mr. Gradgrind, completamente abatido, y con tono de sumisión muy humilde), ¿tiene V. corazón ?

—De otro modo no circularía mi sangre (replicó Bitzer al oír aquella extraña pregunta). Nadie hay que pueda dudar de que tiene corazón, por poco que esté familiarizado con los hechos establecidos por Harvey referentes á la circulación.

—¿Y es accesible á los sentimientos de la compasión?—preguntó Gradgrind con voz suplicante.

—Es accesible á la razón, caballero (respondió el discípulo de los hechos), y no á otra cosa.